

Liberados de su ‘bastilla’: saenzpeñismo, reformismo electoral y fragmentación de la elite política en torno al Centenario.

Martín O. Castro*

Una mentalidad de balance parecía guiar a al menos parte de los elencos dirigentes en la Argentina del Centenario, oscilando aquellos en el ámbito político entre el optimismo por los logros de una elite que había contribuido a la realización de la unidad nacional y de una relativa estabilidad política, y la percepción de un régimen político asediado por los vicios oligárquicos. En 1910 poco o nada quedaba del formidable entramado político levantado en torno al Partido Autonomista Nacional, y las escisiones internas contribuían a la inestabilidad política y asumían la forma a una persistente fragmentación de la clase gobernante. Este trabajo aspira a contribuir a la comprensión de los años finales del orden conservador a partir de un análisis del proceso de constitución de la coalición antirroquista diseñada para instalar la candidatura reformista de Roque Sáenz Peña. En un escenario político caracterizado por una gran fluidez y volatilidad de los alineamientos políticos, la candidatura saenzpeñista lograría congregarse a un vasto abanico de facciones que competían en sus críticas al ordenamiento político del país encarnado en la figura del General Roca. En un régimen en el cual sectores importantes de las elites provinciales y de los representantes en los cuerpos legislativos nacionales expresarían sus temores frente a la apertura de un ‘proceso de institucionalización de la incertidumbre’ y a una renovación del sistema político que diera forma a un acceso a posiciones de poder a facciones marginadas de la elite política, las posibilidades de un acuerdo intra-elite que condujera a una apertura consensuada del régimen político se reducían y la irreductibilidad de los conflictos facciosos podían brindar, paradójicamente, una coyuntura favorable al proceso de reforma electoral.¹ De manera indirecta este trabajo se propone contribuir al debate en torno a la reforma electoral de 1912 a partir del análisis de la relación construida entre

* CONICET- Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”.

¹ Véase Martín O. Castro, “Factional Struggle, Political Elites and Electoral Reform in Argentina, 1898-1912”, Tesis de doctorado, Universidad de Oxford, St. Antony’s College, 2004. Sobre el concepto de “institucionalización de la incertidumbre” véase Adam Przeworski, “Some problems in the Study of the Transition to Democracy”, en Guillermo O’Donnell, Philippe C. Schmitter, y Laurence Whitehead, *Transitions from Authoritarian Rule. Comparative Perspectives*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986, p. 58. Sobre el concepto de “elite settlement” véase Michael G. Burton y John Higley, “Elite Settlement”, *American Sociological Review*, Vol 52, No. 3, 1987, pp. 295-307.

Roque Sáenz Peña, facciones políticas, sectores de la elite social e intelectuales nacionalistas cercanos al Partido Autonomista pellegrinista que combinaban una preocupación por el desmantelamiento de la maquinaria política roquista y por las consecuencias no deseadas del proceso de modernización, entre las que consideraban incluidas a una creciente conflictividad social y al denominado 'cosmopolitismo'. La correspondencia de Roque Sáenz Peña con sus amigos personales y políticos testimonia la importancia que la campaña electoral de 1909-1910 asumiría para sectores de la elite porteña, situación que se articularía con diversos proyectos políticos que desde diferentes sectores del espectro faccioso o desde las clases propietarias propugnaban por una reformulación de las relaciones entre estado y sociedad y por una erosión de la autonomía de las máquinas electorales. Se pretende avanzar, en este sentido, en la comprensión de la percepción que sectores opositores de la elite política tenían con respecto al roquismo y su relación con una crítica del régimen político que adquiriría no solo las formas de una crítica moral (la oligarquización de la vida política) sino que recuperaba también antiguas rivalidades regionales.

De los márgenes al centro: la Unión Nacional y el reformismo saenzpeñista

Para aquellos publicistas y miembros de los elencos dirigentes que, abrevando en las fuentes de un cierto regeneracionismo político, dejaban expuestos los signos de una oligarquización de la vida política, la 'restauración' de los principios de la representación política debía darse en consonancia con una ruptura del aislacionismo de las instituciones estatales que restableciera la relación armónica entre la sociedad civil y las instituciones políticas.² En 1910, el desmantelamiento de la maquinaria política roquista y los mecanismos de control de la sucesión presidencial ejercidos por el gobierno central colaborarían en encolumnar a una clase política vacilante detrás de la candidatura reformista de Roque Sáenz Peña. Está claro, sin embargo, que lo que la transformación saenzpeñista podía significar para el destino de la república oligárquica encontraría diversas interpretaciones entre aquellos que ingresarían en la amplia coalición construida para apoyar la candidatura del diplomático argentino. Desde la perspectiva de Sáenz Peña, la reforma electoral no constituía una respuesta directa a una presión desde la sociedad sino un instrumento de superación de las practicas políticas

² Natalio Botana y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1889-1910)*. Buenos Aires, Ariel, 1997, p.116.

roquistas. En efecto, Sáenz Peña interpretaba a la Argentina del Centenario como la coyuntura adecuada para llevar adelante un proceso de reforma electoral sin el riesgo de enfrentar a una amenaza social que condicionara las formas y los tiempos de la apertura política.³ Por otra parte, el impulsor de la reforma electoral de 1912 enfatizaba el rol de las elecciones libres en la terminación de un sistema de hegemonía gubernamental basado en el control de la sucesión, sin que ello significara una excesiva preocupación por la incertidumbre generada con su erradicación: “destruyamos el régimen caiga quien caiga y votemos libremente triunfe quien triunfe”.⁴ En este sentido, puede afirmarse que el programa *saenzpeñista* de reforma política buscaba erosionar la base del sistema político *roquista* y recapturar esos mecanismos de gobierno (tales como las elecciones y el sistema burocrático) que habían sido ‘canibalizados’ por la figura central de tal sistema –el caudillo- y sus seguidores.⁵ La constatación de la existencia de una sociedad que había recorrido un trayecto de transformaciones profundas, instalaba entre miembros de la burocracia estatal, intelectuales y parte de la elite política la preocupación por recuperar las instituciones estatales de la república oligárquica, de forma que éstas estuvieran en condiciones de afrontar cuestiones más ambiciosas que la conservación y administración cotidiana del poder.⁶ En este sentido, y en el contexto de una sociedad que había pasado por profundas transformaciones –que incluían la inmigración masiva-, algunos exponentes de la elite política consideraban que una reforma de la legislación electoral podía también jugar un papel central en un proceso de “nacionalización de las masas” que buscara forjar una conciencia nacional que diera coherencia a una sociedad fragmentada.⁷ Puede argumentarse, entonces, que para Sáenz Peña la reforma electoral debía apuntar, por un lado, a contribuir a resolver la cuestión nacional y, por el otro, a llevar adelante fundamentales transformaciones en el sistema

³ Fernando J. Devoto, “De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. 3rd ser., 14, 1996.

⁴ Sáenz Peña a J. Posse, 23/11/1908, en *Academia Nacional de la Historia Fondo Roque Sáenz Peña* (en adelante *AFRSP*) Legajo 141.

⁵ Alan Knight analiza la “canibalización” de las reglas formales de gobierno por parte de camarillas informales en “The Weight of the State in Modern México”, en James Dunkerley, *Studies in the Formation of the Nation State in Latin America*. Londres, Institute of Latin American Studies, 2002, p. 251. Sobre la “feudalización” de los medios de administración durante la Restauración española véase Varela Ortega, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)* Madrid, Alianza Editorial, 1977, p. 440.

⁶ Tulio Halperín Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires, Ariel, 2000, p. 27

⁷ Sobre el concepto de “nacionalización” y la relación entre el surgimiento del nacionalismo y la democracia de masas, véase George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*. Londres Cornell University Press, 1991.

político: el fin de las prácticas políticas fraudulentas, la construcción de un electorado y la conformación de una nueva elite política, o al menos, la transformación de la vieja elite política a través de la inclusión de aquellos que habían sido marginados durante la era roquista.

Aunque los políticos antirroquistas podían diferir en sus concepciones sobre qué significaría la renovación del sistema político, estas discrepancias se verían neutralizadas hasta el comienzo del gobierno de Sáenz Peña gracias a un común antirroquismo. Una potencial destrucción del orden roquista podía dar lugar a una mayor circulación de las elites políticas y ciertamente ofrecer acceso a la estructura burocrática del estado en beneficio de aquellos que habían sido empujados hacia los márgenes de la escena política. En efecto, un éxito electoral de Sáenz Peña (de quien sus amigos políticos afirmaban que representaba “...un símbolo contra Roca y las oligarquías”⁸) en las elecciones presidenciales de 1910 podía adquirir las formas de un regreso a los primeros planos de la vida política nacional para aquellos miembros de las elites políticas y sociales que habían permanecido alejados de los mecanismos de gobierno desde la década de 1890. De acuerdo con Sáenz Peña, el sistema político establecido en los años ochenta del siglo XIX había provocado el ascenso de los ‘políticos profesionales’ y una división evidente entre los beneficiarios de aquel sistema y aquellos “...proscritos, ...abstenidos, porque los fariseos habían triunfado y crearon la industria política, desconocida hasta entonces...”. Con todo, las prácticas políticas de aquellos ‘profesionales de la política’ tendrían, en la visión de Sáenz Peña, consecuencias que irían más allá de las fronteras de la arena política e impactarían en los mecanismos de distinción establecidos entre una cierta elite política y social y el resto de la sociedad, al inducir el fin de una jerarquía social y política. En la interpretación de Sáenz Peña, la lucha contra el roquismo era comprendida como una lucha política contra un régimen que había provocado que “la jerarquía política y social se [confundiera] bajo una mano torpe que plasmó su capricho sobre una masa informe...”⁹ La descripción que Sáenz Peña brinda de los cambios introducidos por el roquismo puede parecer esquemática, exagerada o inducirnos a creer en la existencia de una cierta ‘aristocracia’ (categoría social en todo caso “construida” y no heredada)¹⁰ que habría sobrevivido a un período de modernización sin experimentar cambios

⁸ J. Gómez to R. Sáenz Peña, 26/11/ 1908, en *AFRSP* Legajo 20.

⁹ Sáenz Peña a V. Casares, 12/9/1908 en *AFRSP* Legajo 21

¹⁰ La distinción conceptual es de Ezequiel Gallo en su *Pellegrini. Orden y Reforma*. Buenos Aires, FCE, 1997, p. 19

fundamentales en su conformación. Sin embargo, y más allá de la heterogeneidad de los sectores altos porteños, tiene la virtud de reflejar un contraste apreciable para los actores del período y, en este sentido, refleja las percepciones que tenían los opositores políticos sobre las consecuencias negativas (políticas y sociales) producidas por el éxito del experimento político del grupo gobernante surgido en 1880.¹¹

La carrera pública de Sáenz Peña había combinado -en dosis no necesariamente similares- la diplomacia y la política. Miembro reconocido de la elite política y social porteña y amigo personal de Carlos Pellegrini, Sáenz Peña construiría una trayectoria política desigual con posterioridad al fracaso de la candidatura ‘modernista’ de 1892 marcada fundamentalmente por su antirroquismo y la cercanía al autonomismo pellegrinista, trayectoria que se vería favorecida por la crisis interna del PAN y el crecimiento de la Coalición Popular posterior a las elecciones de 1906. Ese crecimiento de la figura de Sáenz Peña en el cambio de siglo dejaría, sin embargo, entrever una personalidad política más proclive a la, en palabras de su amigo y socio Carlos Pellegrini, “actuación...algo ideal y romántica” que a los aspectos más prácticos de la política criolla contrapuestos éstos a la atracción sentida por Sáenz Peña hacia la política de “tertulias”.¹²

La fragmentación del Partido Nacional y las dificultades en conformar ‘ligas de gobernadores’ que sustentaran las aspiraciones de candidatos ‘alternativos’ a la figura del diplomático antirroquista abonarían un escenario político en el cual la influencia del gobierno central (ejercida a través de delegados como Vicente Peña y Justiniano Posse) sería decisiva a la hora de garantizar el control de la sucesión¹³. En este sentido, si bien las facciones antirroquistas y los notables porteños tendrían en junio de 1909 un papel central en la conformación y diseño de una Unión Nacional que intentaría una penetración territorial en el interior¹⁴, los gobernadores provinciales se reservarían un rol decisivo al ejercer un control sobre el voto de los colegios electorales necesarios para asegurar la elección de Sáenz Peña. Como Natalio Botana ha señalado, la Unión Nacional, de manera similar al PAN, se convertiría en un vehículo eficaz para conectar

¹¹ Véase, en este sentido, Ezequiel Gallo, “Política y Sociedad en Argentina, 1870-1916”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*. Barcelona, Crítica, 1992.

¹² Estos rasgos de la personalidad política de Sáenz Peña quedarían claramente expuestos en 1902 cuando Pellegrini instaría a Sáenz Peña a aceptar la presidencia del comité provincial del Partido Nacional: “Ha llegado pues el momento de que metas la mano en el barro y empieces (SIC) a actuar”. C. Pellegrini a R. Sáenz Peña, 22/11/1902, en *AFRSP*, Legajo 21.

¹³ Carlés a R. Sáenz Peña, 31/8/1908, en *AFRSP* Legajo 20; P. Groussac a R. Sáenz Peña, 20/5/1909, en *AFRSP* Legajo 29.

¹⁴ Véase *Unión Nacional Sáenz Peña. La campaña política de 1910*. Buenos Aires, 1910, Vol 1, p. 330.

las elites locales y los gobiernos provinciales bajo la protección del gobierno nacional, aún cuando esta vez, la coalición saenzpeñista se presentara como exponente de un proyecto reformista.¹⁵ Con todo, para los políticos autonomistas y miembros de la elite social porteña, el fin del roquismo y la campaña política de 1909-1910 también adquiriría un significado particular que revelaba tradicionales rivalidades regionales y significaba una revancha política para sectores de las familias tradicionales porteñas que se habían manifestado reticentes a aceptar el orden roquista y que, en algunos casos, habían apoyado la experiencia *modernista* de comienzos de la década de 1890. En palabras de Juan Balestra: “Sus amigos, y especialmente los de aquellos tiempos, estamos en pleno año 92: a solas nos estrechamos fuertes las manos,...la candidatura de Roque se afianza, crece.... La vieja y raleada sociedad porteña parece sacudir sus perezas para aclamar a uno de los suyos...”¹⁶

La naturaleza y estructura de la coalición formada para apoyar la candidatura de Sáenz Peña era considerablemente diferente de lo que Sáenz Peña había caracterizado como partidos políticos “orgánicos” e “impersonales”. En efecto, la Unión Nacional se presentaba como una laxa coalición que comprendía a notables de la ciudad y provincia de Buenos Aires, partidos políticos provinciales en el gobierno y de oposición, y caudillos políticos porteños.¹⁷ Heterogénea alianza de una variedad de grupos antirroquistas, en parte representaba el regreso al escenario político de figuras que habían quedado marginadas durante la era del predominio roquista. Por otra parte, sectores de la elite social representados en el Jockey Club y el Club del Progreso también parecían simpatizar con la candidatura de Sáenz Peña: “Se dice que todo el Jockey Club es *saenzpeñista* y que en el Progreso se presentaría un mundo de socios (a reemplazar otro mundo que se ha ido) porque se afirma desde ya que en el salón del primer piso será donde se estrene la banda.”¹⁸ Quizás esta referencia a un posible favoritismo entre la masa societaria de este último club no sorprenda toda vez que había sido el mismo candidato presidencial quien, desde su rol como presidente de este

¹⁵ Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1979, p. 241.

¹⁶ Juan Balestra a R. Sáenz Peña, 7/6/1909, en *AFRSP* Legajo 21.

¹⁷ Véase Rock, *State Building and Political Movements in Argentina, 1860-1916*. Stanford, Stanford University Press, 2002, pp. 202-203.

¹⁸ “Un viejo adúlón” a R. Sáenz Peña, 25/6/1908, en *AFRSP* Legajo 20. Sobre los ámbitos de sociabilidad de la elite social porteña véase Francis Korn, “La gente distinguida”; en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (eds.), *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*. Buenos Aires, Abril, 1983. Vol II; David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964; Fernando Devoto y M. Madero (eds.) *Historia de la vida privada en la Argentina*. Vol. II, Buenos Aires, Taurus, 1999.

ámbito de sociabilidad, había procurado en el cambio de siglo introducir transformaciones en el modelo institucional que lo acercaran al perfil del Jockey Club o del Círculo de Armas, "...los dos centros donde todas las conversaciones y comentarios refluyen a última hora".¹⁹ Se ha señalado en un trabajo reciente que, en los años finales del siglo XIX y comienzos del XX, estos clubes se estructurarían principalmente en torno a "criterios más propiamente privados" y "definitorios de una determinada posición social"²⁰. Con todo, estos ámbitos de sociabilidad de la clase alta porteña también podían verse cruzados por conflictos provenientes del fragor preelectoral o, por el contrario, los ejes del conflicto recorrer el camino inverso, es decir de los clubes hacia el escenario político. Así, por ejemplo, en 1910 el diario *La Razón* podía especular sobre las disminuidas posibilidades de Ezequiel Ramos Mexía de incorporarse al gabinete de Sáenz Peña a partir de una derrota sufrida en el Jockey Club, pese a contar aquel con el apoyo del entonces presidente Figueroa Alcorta y ser, de acuerdo con el representante británico en Buenos Aires, "...popular at the Jockey Club"²¹. Discursos electorales excesivamente ásperos hacia la figura presidencial podían, en ocasiones, provocar conflictos institucionales entre estos centros de sociabilidad y el gobierno nacional.²² Socios y directivos ciertamente podían no coincidir en sus preferencias políticas, toda vez que los clubes procuraban, de acuerdo con el análisis de Leandro Losada, precisamente evitar un alineamiento político. Con todo, es importante señalar los esfuerzos invertidos por Sáenz Peña (y el núcleo íntimo saenzpeñista) en subrayar no sólo la aducida cercanía entre el proyecto reformista de la Unión Nacional y la elite social porteña, sino también las implicancias que la consecución de aquel podría representar en términos de relación entre estado y sociedad. La misma trayectoria de Sáenz Peña, sus relaciones personales y políticas (miembro expectable del autonomismo pellegrinista y figura reconocida en los cenáculos del diario *La Prensa*) y el tiempo transcurrido al frente de un club de fuerte impronta porteña como el del Progreso, contribuían a reforzar el argumento saenzpeñista de la cercanía entre el proyecto

¹⁹ *Tribuna*, 22/11/1902. Véase Leandro Losada, "Sociabilidad, distinción y alta sociedad en Buenos Aires: los clubes sociales de la elite porteña (1880-1930)", *Desarrollo Económico*, vol. 45, N° 180 (enero-marzo 2006)

²⁰ *Idem*, p. 559.

²¹ *La Razón*, 27/9/1910 y *Argentine Republic. Annual Report 1907*. Mayo 1908. en *Public Record Office*, Londres (en adelante *F.O.*), 371/397. Véase también Gregorio Soler a Julio A. Roca, 12/7/1910, en *Archivo General de la Nación* (en adelante *AGN*) *Fondo Julio A. Roca* (en adelante *FJAR*) legajo 1335 (107)

²² Como habría sido el caso en 1909, debido a la intervención en la campaña electoral de Francisco Beazley, presidente del Jockey Club y político de la Unión Cívica. Véase *Argentine Republic. Annual Report, 1909*", *F.O.* 371/824.

encarnado por aquel y los “hombres representativos” de la sociedad porteña. Es en este sentido (una respuesta al divorcio surgido entre la sociedad y el estado y una forma de recapturar los mecanismos de gobierno de las manos de los ‘profesionales de la política’) que Sáenz Peña argumentaba a favor de la incorporación de una serie de actores (estudiantes, el ‘partido católico’, empresarios nacionales y aquellos que portaban ‘apellidos de tradición respetable’) a la coalición antirroquista.²³

El modelo de funcionamiento que Sáenz Peña preveía para la Unión Nacional reconocía un rol de liderazgo para los llamados “independientes” o miembros del “gremio conservador”, aquellos que constituían una “jerarquía social y política”.²⁴ En mayo de 1908, antes de su nominación como candidato presidencial, Sáenz Peña ya se había mostrado favorable a conformar un partido político que, integrado por “hombres representativos” y apoyado en la opinión pública, contribuyera a sostener al gobierno de Figueroa Alcorta. Con todo, el representante argentino en Roma dudaba sobre el curso de acción a ser adoptado durante la campaña presidencial, fluctuando entre un proyecto que situaba al partido Autonomista²⁵ en el centro de la coalición o, por el contrario, dar forma a una nueva estructura política a la que se sumaran los políticos autonomistas. En cualquier caso, Sáenz Peña argumentaba, era claro quiénes debían estar en el nuevo partido: aquellos que habían sido excluidos de la arena política por el predominio político de Roca, aquellos “hombres de valor y carácter que se han acostumbrado a la obscuridad y a quienes hay que sacarlos de su bastilla...”²⁶

Si bien Sáenz Peña creía que la formación de partidos políticos “orgánicos” era esencial, consideraba con todo que los diversos partidos provinciales y facciones que apoyaban su candidatura debían adoptar una, paradójicamente, estructura no-partidista: “Desde luego el movimiento debe ser impartidista y sobre el punto no debe haber vacilaciones porque en el me atribuyo voz y voto; pero si no son los partidos ¿quiénes serán? Se me habló...de una reunión independiente a la que se convocarían

²³ R. Sáenz Peña a E. Ramos Mexía, 29/5/1908, en *AFRSP* Legajo 141. La emergencia de máquinas políticas como un específico estilo político estaba relacionado, en otros contextos, con el ascenso de la figura del político profesional y el éxodo de las familias tradicionales de la política. Véase Peter McCaffery, “Style, Structure, and Institutionalization of Machine Politics”, *Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 22, No. 3, 1992, p. 438, y Varela Ortega, *Los amigos políticos.*, p. 440.

²⁴ R. Sáenz Peña a V. Casares, 12/9/1908, en *AFRSP* legajo 21; R. Sáenz Peña a V. Casares, 4/1/1909, en *AFRSP* legajo 141.

²⁵ Consecuencia de la ruptura política entre Roca y Carlos Pellegrini, el Partido Autonomista sería fundado en 1903 por Pellegrini, Sáenz Peña y otros amigos políticos entre los que se encontraban Miguel Cané, Vicente Casares, Ezequiel Ramos Mexía y José María Ramos Mejía. Véase Ezequiel Gallo, “La consolidación del Estado y la reforma política (1880-1914)”, en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, Planeta, 2000. Vol. 4

²⁶ R. Sáenz Peña a E. Ramos Mexía, Roma, 29/5/1908, en *AFRSP* legajo 141.

personalidades respetables...” Sáenz Peña claramente buscaba evitar depender de los partidos establecidos como su principal sostén para la campaña electoral y sumar a aquellas “personalidades respetables” a los equipos de campaña. Esta estrategia naturalmente dejaba perplejos a los caudillos autonomistas y figueroistas. El representante argentino en Roma impulsaba una estrategia política que parecía subestimar la importancia de contar con el apoyo de un gobierno central que ejerciera presión sobre los gobernadores a fin facilitar el resultado electoral deseado: “...la duda ha motivado la presunción de que puede negarse Ud. a aceptar una cooperación eficaz,...del presidente...se teme que Ud. perjudique el éxito no aceptando esa cooperación...”²⁷ Los máximos dirigentes autonomistas, entre ellos Juan Balestra, admitirían, con todo, la posición subordinada a la que serían destinados en la construcción del entramado político destinado a apoyar la candidatura saenzpeñista.²⁸ En efecto, la Unión Nacional sería lanzada con una reunión de notables relativamente alejados de los conflictos intraoligárquicos, (“selecta asamblea de treinta hombres espectables, alejados de la cocina política”²⁹), en una decisión que respetaba la idea de Sáenz Peña de establecer un movimiento político que se distanciara de los partidos políticos tradicionales. En este sentido, el nombramiento de Ricardo Lavalle, sobrino del General Juan Lavalle y rico estanciero de la provincia de Buenos Aires, en la conducción de la coalición parecía confirmar una predisposición en Sáenz Peña de construir una agrupación política sobre lineamientos diferentes a los de las máquinas políticas tradicionales.³⁰

La Unión Nacional establecería una red de comités y juntas a lo largo del país en un intento por conciliar las diferencias y rivalidades existentes entre los grupos heterogéneos que apoyaban la candidatura de Sáenz Peña.³¹ Sin embargo, el proceso de construcción de esta coalición no se haría sin encontrar resistencias entre políticos provinciales que se resistían a confirmar la desaparición del antiguo Partido Nacional (y

²⁷ Carlés a R. Sáenz Peña, Buenos Aires, 31/8/1908, en *AFRSP* Legajo 20.

²⁸ J. Balestra a R. Saenz Peña, 7/6/1909, en *AFRSP* Legajo 21

²⁹ A. Belín Sarmiento a Roque Sáenz Peña, 12/12/1908, en *AFRSP* legajo 20.

³⁰ En 1893 Lavalle (junto a otros estancieros, entre los que se encontraban Saturnino Unzué y Ezequiel Ramos Mexía) había participado en la formación de la Unión Provincial, un partido político con base en los terratenientes de la provincia de Buenos Aires. También se había sumado a asociaciones populares y patrióticas lideradas por Estanislao Zeballos en el cambio de siglo. Vease Rock, *State Building*, p. 202; Hora, *The Landowners of the Argentine Pampas: A Social and Political History, 1860-1945*. Oxford, Clarendon Press, 2001, p. 88.

³¹ Estanislao Zeballos observaría que solo la presencia de Sáenz Peña podía prevenir la lucha facciosa dentro de la coalición *saenzpeñista*. E. Zeballos a Lucio V. Mansilla, 8/9/1909, en *Archivo Estanislao Zeballos* (en adelante *AEZ*) Legajo 183.

favorecían en cambio la formación de un partido depurado de su tradición roquista) e interpretaban que una Unión Nacional basada en Buenos Aires bajo el liderazgo de notables porteños alejados de “las agitaciones de la política ardiente” solo contribuiría a exacerbar las tensiones regionales y a “...destruir un elemento de gobierno tan eficiente como fue...el partido nacional, para sustituirlo con qué?”³² La inclusión de Benito Villanueva en la coalición, la lucha intestina en el comité porteño y la determinación de algunos amigos políticos de Figueroa Alcorta de lograr su reelección en las próximas elecciones, agregaría nuevos motivos de conflicto a la aglomeración de facciones antirroquistas y políticos en disponibilidad que buscaban el acceso a posiciones de poder en un eventual orden post-roquista.³³

Tanto la formación de la Unión Nacional como la presidencia de Figueroa Alcorta representaron para muchos una oportunidad de un regreso a la política bajo la protección de la etiqueta de un amplio antirroquismo. Antiguos *juaristas* como Ramón J. Cárcano que habían sido condenados a un ostracismo político desde la revolución de 1890 se unieron al Partido Autonomista y apoyaron la candidatura de Sáenz Peña.³⁴ En el último periodo de la presidencia de Figueroa Alcorta, estos recién llegados al movimiento *saenzpeñista*, gracias a su *antirroquismo* y su apoyo a Sáenz Peña, serían designados en cargos en las administraciones provinciales y nacional, en parte para preparar la transición entre las dos presidencias.³⁵ No es, por lo tanto, sorprendente que, cuando en diciembre de 1908, Sáenz Peña solicitara a Paul Groussac la redacción de un panfleto en defensa de su candidatura -respondiendo a los cargos hechos por quienes lo acusaban de favorecer una agresiva política exterior contra los países vecinos- el ensayo definitivo incluyera una defensa contra el cargo de juarismo, cargo rápidamente desestimado sobre la base del corto periodo de tiempo en el que Sáenz Peña se había desempeñado en el gobierno de Juárez Celman.³⁶ Por otra parte, la decisión de Sáenz Peña de incluir en la Unión Nacional a otro de los grupos que aquel consideraba debían ser liberados de su “bastilla” (concretamente los católicos) daría lugar a una polémica dentro y fuera de la coalición que tendría como eje articulador a la validez de la permanencia de la tradición liberal y secular de la elite política argentina puesta en

³² Leguizamón, Ministro de Gobierno de Entre Ríos, a J. Figueroa Alcorta, 9/8/1909, en *AGN Fondo José Figueroa Alcorta* (en adelante *FJFA*) Legajo 23.

³³ J. S. Gómez a Roque Sáenz Peña, 2/11/1909, en *AFRSP* Legajo 29; Gobernador de Entre Ríos a J. Figueroa Alcorta, 13/2/1910, en *AGN FJFA* Legajo 27.

³⁴ Véase F. Pinedo a R. Sáenz Peña, 18/4/1908, en *AFRSP* Legajo 21.

³⁵ “Las avanzadas saenzpeñistas” en *La República* 15/6/1910.

³⁶ R. Sáenz Peña a Paul Groussac, 16/12/1908, en *AFRSP* Legajo 141; Paul Groussac, *Roque Sáenz Peña. Candidato para presidente de la República*. Buenos Aires, Coni Hnos., 1909, p.42.

discusión, se argumentaba, con la presencia de los notables católicos en posiciones relevantes del equipo de campaña. En este sentido, como hemos sugerido en otro lugar, la desintegración del orden roquista y la formación de la coalición saenzpeñista favorecería el regreso de miembros del ‘partido católico’ al primer plano de la vida política, si bien estos notables católicos serían bienvenidos en la coalición no como expresión de un partido político determinado sino en su condición de “hombres de probidad...perseguidos por el General Roca” y que, consecuentemente, podían demostrar una evidente trayectoria antirroquista. Es en este contexto que se explica la presencia de Joaquín Cullen, presidente de la Unión Patriótica (partido de inspiración católica) y cabeza de la Asociación Católica de Buenos Aires y de Emilio Lamarca (fundador de la Liga Social Argentina, una de las expresiones del catolicismo social) entre aquellos invitados a los encuentros preparatorios a la formación definitiva de la Unión Nacional.³⁷ En este sentido, como otros políticos antirroquistas, los notables católicos buscarían en la Unión Nacional un instrumento para terminar con un sistema político que había conducido al ostracismo político de aquellos opuestos al predominio de Roca. De manera similar a otros grupos opositores en la política provincial, los católicos apoyarían el programa saenzpeñista, con la esperanza de que cambios en la legislación electoral podrían erosionar el control electoral ejercido por las oligarquías provinciales y destruir, en palabras de quien sería Ministro del Interior de Sáenz Peña y arquitecto de la reforma electoral, el “caudillaje y el espíritu de facción.”³⁸

Intelectuales, la cuestión nacional y el programa saenzpeñista.

En los discursos y la correspondencia de Sáenz Peña entre 1908 y 1909 se percibe tanto una preocupación constante por lo que entendía eran las consecuencias negativas del “cosmopolitismo” sobre la sociedad argentina, como una búsqueda de respuesta a los problemas planteados por la supuesta existencia de un frágil ‘carácter’ nacional. Con anterioridad, las cuestiones de la “defensa nacional” habían atraído el interés de Sáenz Peña, como se constata en su participación en la *Liga Patriótica*

³⁷ Véase, Castro, “Factional Struggle, p. 209 y Martín O. Castro, “Nos dispersó la política y dispersos continuamos”: los católicos en la política, los alineamientos partidarios y el reformismo electoral a finales del orden conservador, 1907-1912, ponencia presentada en las 1eras. Jornadas de Historia de la Iglesia en el NOA, 12 al 14 de octubre de 2006.

³⁸ Indalecio Gómez a Leguizamón, citado en Atilio Dell’Oro Maini, “La vida ejemplar de Indalecio Gómez”, en *Los discursos de Indalecio Gómez. Estadista, Diplomático, Parlamentario*. Buenos Aires, Kraft, 1950

Argentina junto a otros amigos personales y políticos que posteriormente formarían parte de su gobierno.³⁹ Puede argumentarse que la centralidad de la cuestión nacional en el programa político saenzpeñista y el interés de Sáenz Peña en la política exterior argentina se encontraban estrechamente conectados. En efecto, no parece una casualidad que Sáenz Peña dedicara la primera parte de su programa de gobierno en 1909 a desarrollar sus ideas sobre política exterior y a señalar la importancia de la modernización de las fuerzas armadas como forma de garantizar la “defensa nacional”. Sáenz Peña, al igual que otros políticos cercanos al diario *La Prensa*, había manifestado su apoyo a campañas a favor de una política exterior más agresiva en el espacio sudamericano argumentando que el progreso constante de la sociedad argentina requería de un mejoramiento constante de las defensas de la nación.⁴⁰ Sáenz Peña, quien compartía una posición similar sobre los armamentos a la sostenida por Estanislao Zeballos,⁴¹ había cultivado una relación estrecha con Adolfo Dávila -director de *La Prensa*- “...después de varios años de tertulia en el Club del Progreso...” y coincidía con varios de los supuestos que, sobre política exterior, favorecía el diario *La Prensa*⁴² En un principio el posible acceso de Sáenz Peña a la presidencia había contado con la aprobación de la hoja periodística basada ésta en un común antirroquismo y en la presunción de que el entonces diplomático adoptaría políticas similares a las propuestas por la línea editorial del diario. En efecto, Dávila consideraba en 1909 que la perspectiva de una presidencia saenzpeñista “...cabaleresca, principista, verídica, y antirroquista, lisonja[ba] al espíritu público”⁴³

Sin embargo, como candidato presidencial, Sáenz Peña se esforzaría en disipar los temores surgidos entre sectores de la elite política argentina y en los países vecinos sobre la posibilidad de que el diplomático argentino apoyara una política exterior belicosa en caso de resultar electo.⁴⁴ Frente a las críticas de los *roquistas* (y en un contexto de campaña electoral) los amigos políticos de Sáenz Peña intentarían

³⁹ Entre estos se encontraban José María Ramos Mejía, Indalecio Gómez, Emilio Lamarca, y Ricardo Lavalle Véase, Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires, FCE, 2001, p. 239.

⁴⁰ Roberto Etchepareborda, "La generación argentina del destino manifiesto. Un intento hacia la concreción de la Patria Grande" en Academia Nacional de la Historia, *Investigaciones y ensayos*. No. 16, Buenos Aires, Enero- Junio 1974.

⁴¹ Véase Estanislao Zeballos, "Los armamentos navales del Brasil", *Revista de Derecho, Historia y Letras* (en adelante *RDHL*) 1904, Vol. XX. pp. 297-298

⁴² Estanislao Zeballos a José C. Paz, en *AEZ* Legajo 63, 24/8/1911.

⁴³ A. Dávila a R. Sáenz Peña, 3/5/1909, en *AFRSP* Legajo 21.

⁴⁴ Véase R. Sáenz Peña a Paul Groussac, 16/11/1908; R. Sáenz Peña a Ramón J. Cárcano, 17/11/1908, en *AFRSP* Legajo 141.

diferenciarse de las posiciones más extremas, como las encarnadas por Estanislao Zeballos, ex ministro de Relaciones Exteriores de Figueroa Alcorta.⁴⁵ Se percibe, entonces, cómo Sáenz Peña, que había contado con la simpatía (sino el apoyo) del cenáculo reunido en torno a *La Prensa* en los primeros tiempos de su candidatura presidencial, vería convertirse a este periódico en un crítico persistente de su programa político, justificada esta modificación en el rumbo periodístico a partir de la mirada más cautelosa del ex diplomático sobre la política exterior, lejos ya de los planes de Zeballos de convertir al periódico en un “poder financiero” y una “fuerza de gobierno”. Esta posición de aislamiento de Sáenz Peña con respecto a los dos diarios más importantes de la prensa porteña intentaría ser revertida a partir de la cooptación de otras hojas periodísticas y de la transformación de alguna de ellas en voceros del proyecto saenzpeñista.⁴⁶

Con todo, aunque Sáenz Peña rechazaba una política exterior nacionalista belicosa y extrema, se manifestaba a favor de una política de “defensa nacional” y expresaba su preocupación por la debilidad interna que las compañías extranjeras y la inmigración podían provocar en la situación relativa argentina: “Los gobiernos europeos están mostrando tendencias de protección a lo que ellos denominan sus colonias en América.”⁴⁷ Se percibe cómo, en la concepción de Sáenz Peña, tanto la política exterior como una política dirigida a formar ciudadanos argentinos podían contribuir a fortalecer al estado argentino. Como Tulio Halperin Donghi ha señalado, un estado con mayor capacidad para llevar adelante sus políticas en el escenario nacional e internacional, requería una base política mas amplia que la provista por pequeñas clientelas

⁴⁵ Véase las reacciones frente a la campaña de Zeballos a favor de un masivo rearme argentino. José María Ramos Mejía a R. Sáenz Peña, 15 de octubre de 1908, en *AFRSP* Legajo 21. Sobre la relación entre E. Zeballos y R. Sáenz Peña véase Castro, “Faccionalismo político y reforma electoral en la decadencia del régimen roquista en la Argentina, 1906-1910, *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*. Vol.2, No. 1, 2003., pp. 99-105.

⁴⁶ Véase *La Prensa*, 12/12/1910 y 11/12/1911 y E. Zeballos a José C. Paz, 24/4/1911, en *AEZ* legajo 63. Sobre la posición de *La Prensa* y *La Nación* frente al programa saenzpeñista véase F. Devoto, “De nuevo el acontecimiento”. Sobre el rol de la prensa periódica como actor político véase Eduardo Zimmermann, “La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo: el caso de “La Nación” y el Partido Republicano”, *Estudios Sociales*, VIII: 15, Santa Fe, 1998; Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*. Buenos Aires, Sudamericana, 1993; Tim Duncan, “La prensa política: ‘Sud-América’”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Sudamericana, 1980, y Paula Alonso, *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires, FCE, 2003.

⁴⁷ R. Sáenz Peña a José María Ramos Mejía, Roma 18 de febrero de 1909, en *AFRSP* Legajo 141.

manipuladas por maquinarias políticas en manos de una variedad de facciones.⁴⁸ Se puede argumentar que una reforma electoral podría traer nueva vida a la política oligárquica y transformar una variedad de grupos conservadores envueltos en una lucha facciosa en un único partido político organizado y moderno requerido para esta “regeneración del estado”. Por otra parte, la reforma electoral y la cuestión nacional formaban un único entramado en el programa político de Sáenz Peña presentado en agosto de 1909, en cual este proponía tres principales herramientas para solucionar la cuestión nacional: la educación pública, la conscripción militar y el voto obligatorio.⁴⁹ Lejos de ser componentes originales del programa saenzpeñista, los dos primeros ítems, escuelas y barracas militares, habían formado parte de otros ejemplos de procesos de construcción del estado-nación.⁵⁰ Quizás la ‘originalidad’ de Sáenz Peña descansa en su insistencia en que estos tres diferentes medios debían integrarse en un único programa. Sáenz Peña buscaba, de esta manera, “reforzar” la identidad nacional y “defender” a la población argentina nativa contra la influencia negativa de la inmigración. Antes que integrar los inmigrantes a la sociedad y el estado argentino, el programa saenzpeñista intentaba “argentinar” a los hijos de los inmigrantes y fortalecer la posición de la población nativa en la sociedad: “...antes de cinco lustros, si nuestra prosperidad sigue su vértigo, el elemento nativo va a quedar en minoría: tratemos de no quedarnos en inferioridad.”⁵¹ No parece ser hasta el manifiesto político de agosto de 1909 que Sáenz Peña incorporaría en un único programa (o al menos lo haría público) su preocupación sobre la necesidad de reforzar la identidad nacional y su compromiso en “recapturar” el aparato del estado de las manos de los caudillos políticos roquistas. Esta segunda parte de su programa, descrita en una carta a Ezequiel Ramos Mejía aproximadamente un año antes, incluiría la erradicación de las prácticas políticas no transparentes - que distorsionaban el voto libre-, y la ‘creación’ y movilización de los votantes.⁵² En este sentido, para Sáenz Peña una elite política renovada se encontraría en condiciones de impulsar iniciativas

⁴⁸ Halperín Donghi, “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”, en Tulio Halperín Donghi, *El espejo de la historia: problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*. Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 226.

⁴⁹ Devoto, “De nuevo el acontecimiento”, p. 96

⁵⁰ Véase, por ejemplo, Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France 1870-1914*. Londres, Chatto & Windus, 1977, capítulos 17 y 18; Malcom Deas, “The Man on Foot: Conscription and the Nation-State in Nineteenth-Century Latin America”, en Dunkerley, *Studies*.

⁵¹ R. Sáenz Peña, “Programa de gobierno”, en Roque Sáenz Peña, *La reforma electoral y temas de política internacional americana*. Buenos Aires, Raigal, 1952, p. 14; R. Sáenz Peña a José María Ramos Mejía, Roma, 18 de febrero de 1909, en *AFRSP* Legajo 141

⁵² R. Sáenz Peña a Ezequiel Ramos Mejía, Roma, 29 mayo de 1908, en *AFRSP* Legajo 141.

encaminadas a la construcción del estado y de la nación a través de una firme política exterior, una educación nacionalista, el servicio militar obligatorio y el voto obligatorio.

Cuando en 1909 Ricardo Rojas publicó su *La Restauración nacionalista*, sobre el uso de la historia como cerramiento para la educación cívica y patriótica, Sáenz Peña daría la bienvenida a su propuesta a favor de un nacionalismo secular, republicano y democrático. La peculiar articulación que el proyecto político saenzpeñista entreveía entre el establecimiento del voto obligatorio – interpretado como una escuela de ciudadanía-, el fomento de la educación pública y el servicio militar obligatorio, como parte de un único programa que buscaba “argentinar” la sociedad, contribuiría a dar consistencia a los vínculos entre intelectuales nacionalistas y el saenzpeñismo.⁵³ Un número de intelectuales y políticos (entre ellos Indalecio Gómez, José María Ramos Mejía, Lucas Ayarragaray y Carlos Ibarguren), quienes compartían una preocupación similar por las consecuencias del proceso inmigratorio y señalaban la importancia de la reforma del sistema escolar y de la reforma política como herramientas para integrar a los inmigrantes (y a los hijos de los inmigrantes), participarían de la iniciativa *saenzpeñista*. Lucas Ayarragaray, quien en 1896 había asumido un rol activo en el debate parlamentario acerca del uso del castellano en las escuelas y había criticado las consecuencias negativas del “cosmopolitismo”, también estaría entre quienes apoyarían la candidatura de Roque Sáenz Peña a la presidencia y, aunque cauteloso en cuanto a los beneficios de una reforma electoral, en 1909 enviaría una propuesta de reforma a Sáenz Peña que recuperaba su proyecto presentado ante el Congreso en 1908⁵⁴ y contemplaba el establecimiento del registro militar como padrón electoral y la introducción del voto acumulativo, entendido éste como “un sistema de transición entre lo antiguo y lo nuevo”.⁵⁵

A comienzos de la década de 1880, algunos miembros de la elite política habían comenzado a observar cómo la sociedad urbana deferente se constituía en una reliquia del pasado. Por otra parte, se advierte cómo en el cambio de siglo sectores de esa elite

⁵³ Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina Moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina, 2002, p. 66.

⁵⁴ Ayarragaray a Sáenz Peña, 28/2/1909, en *AFRSP* 32.

⁵⁵ L. Ayarragaray a Leopoldo Lugones, Julio/ Agosto de 1924, en Lucas Ayarragaray, *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*. Buenos Aires, Lajouane, 1926, p. 204. La propuesta de voto acumulativo buscaba garantizar la representación de las minorías y “corregir la pesada gravitación de la lista completa”. Se inspiraba en la reforma chilena de 1874 y daba al elector tantos votos como puestos había que llenar pero además lo facultaba para “...dar todos sus sufragios a un solo candidato o distribuirlo igual o desigualmente entre el número de candidatos que tenga derecho a elegir.” *La Nación*, 23/6/1908. Sobre la ley electoral chilena de 1874 véase Samuel J. Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile*. Buenos Aires, IDES, 1985.

pasaban a percibir a la clase obrera como una amenaza potencial hacia el orden social. Este análisis también implicaba una nueva percepción sobre el rol que los inmigrantes jugaban en la sociedad argentina, según la cual la influencia corruptora de la inmigración era responsable de una supuesta carencia de disciplina social y promovía el conflicto social y el materialismo que minaba las viejas tradiciones de la sociedad argentina.⁵⁶ Esta visión estimularía hasta cierto punto reacciones xenófobas durante el Centenario y produciría argumentos a favor de leyes represivas (la Ley de Residencia de 1902 y la Ley de Defensa Social de 1910) dirigidas en contra del creciente activismo sindical, aún cuando simultáneamente algunos miembros de los grupos dirigentes y reformadores dentro de la burocracia apoyaran la reforma social como una herramienta legítima para resolver la denominada “cuestión social”.⁵⁷

La cuestión de cómo integrar al masivo número de inmigrantes dentro de la sociedad argentina y de cómo reducir el impacto del “cosmopolitismo” constituyó el centro del debate político e intelectual del cambio de siglo. Por otra parte, aquellos que en estos primeros años del siglo XX buscaban en las nuevas ciencias humanas la clave para comprender (y ejercer una influencia sobre) el desarrollo social, no parecían descubrir signos demasiado alentadores que dejaran entrever la presencia de un pueblo preparado para el funcionamiento de una democracia representativa.⁵⁸ Este escepticismo mayor o menor también podía constatarse entre aquellos miembros del grupo renovador saenzpeñista, aunque en este caso consideraran que una serie de recetas sociales y educativas podían contribuir a resolver dos problemáticas relacionadas para el saenzpeñismo: el problema de la nacionalidad y la regeneración del sistema político. Lucas Ayarragaray, por ejemplo, preocupado por encontrar una explicación a la “constitución caudillesca del poder” se encontraba lejos de considerar al sufragio universal en sí mismo un instrumento que diera sustento y origen a la “civilización política”.⁵⁹ Con todo, y pese a considerar que solo una minoría del pueblo se encontraría en condiciones de llevar a cabo la renovación política (si se recurría a la ingeniería electoral adecuada, es decir, el voto acumulativo) comprometería su voto para la lista incompleta, y figuraría entre los comisionados encargados de supervisar los

⁵⁶ E. Zeballos, "Conferencia en el Ateneo Hispano-Americano", *RDHL*, 1912, p. 579

⁵⁷ Sobre el reformismo liberal-conservador, véase Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas: La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

⁵⁸ T. Halperín Donghi, *Vida y muerte*, p. 29.

⁵⁹ Lucas Ayarragaray, *La Anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes argentinos*. Buenos Aires, L. J. Rosso, 1935 (1era. Edición, 1904), pp. 101-102.

primeros experimentos políticos bajo la nueva ley electoral.⁶⁰ La correspondencia entre Sáenz Peña y Ramos Mejía (amigo personal y político del candidato presidencial) también testimonia sobre las vinculaciones entre el programa saenzpeñista y las ideas de intelectuales motivados por similares metas políticas (la terminación del roquismo y el caudillismo y la renovación de la política argentina) y que compartían una preocupación común sobre la “cuestión nacional”.

Intelectual positivista, pionero en medicina (especialmente en psiquiatría), fundador de la Asistencia Pública, el Departamento de Higiene y de la cátedra de neuropatología,⁶¹ Ramos Mejía tomaría parte activa en la coalición saenzpeñista. Aunque simpatizaba con la antropología criminal de Cesare Lombroso, sus escritos posteriores mostrarían la influencia de Hipólito Taine y de Gustave Le Bon en su análisis de la evolución social de la sociedad argentina. Para una buena parte de los intelectuales y políticos argentinos, muchos de ellos influenciados por *Psychologie des Foules*, escrita en 1895 por Gustave Le Bon,⁶² una preocupación central era develar los mecanismos de gobierno de una sociedad en la cual las “masas” no se sometían a los mecanismos de subordinación social previos. Si miembros de las minorías educadas de los países de Europa occidental aparecían abrumadas por el “spirit of the mob”,⁶³ esta sensación tendría su expresión en el mundo académico –con el nacimiento de la psicología, sociología y la ciencia política como disciplinas empíricas- en la atención dada a lo que se denominó la psicología de la multitud. Aunque probablemente fuera Taine el precursor de la “psicología de la multitud”, con su énfasis en la irracionalidad de las masas⁶⁴, intelectuales y políticos latinoamericanos seguirían principalmente a los escritos de Le Bon como la aplicación más sistemática de la psicología evolucionista al predominio de las masas en la sociedad moderna. En su libro *Las multitudes argentinas* (1899) Ramos Mejía se inspira en Le Bon en su discusión sobre cómo garantizar el gobierno de una sociedad de masas. Sin embargo, Ramos Mejía no coincidía

⁶⁰ Sería designado comisionado nacional en Jujuy para las elecciones nacionales de abril de 1912, véase *El Pueblo*, 10/4/1912.

⁶¹ Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la cultura científica*. Buenos Aires, FCE, 2000, p. 97.

⁶² Véase Eduardo Z. Zimmermann, "Racial Ideas and Social Reform: Argentina, 1890-1916", *Hispanic American Historical Review* Vol. 72, No. 1, febrero 1992, p 29.

⁶³ Jaap van Ginneken, *Crowds, Psychology, and Politics, 1871-1899*. Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 1.

⁶⁴ J. W. Burrow, *The Crisis of Reason: European Thought, 1848-1914*. New Haven, Yale University Press, 2000, pp. 96-99. Sobre la influencia de H. Taine en la historiografía Argentina de cambio de siglo vease Fernando J. Devoto, "Taine y *Les origines de la France contemporaine* en dos historiografías seculares", in *Anuario. Segunda Época*. Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1989-1990. Vol. 14, pp. 85-107.

completamente con los intelectuales europeos en su análisis pesimista de las supuestas características peligrosas de la multitud. Esta interpretación no enteramente pesimista de la multitud argentina revelaba que, aunque Ramos Mejía no compartía el optimismo liberal de la generación que había seguido a la caída de Rosas, ya que no creía en la inmigración como sinónimo de progreso, sin embargo en su análisis los inmigrantes tampoco asumían la forma de clases peligrosas que podían significar el riesgo de una revolución social. Ramos Mejía advertía que eventualmente la sociedad argentina se demostraría capaz de integrar a los hijos de los inmigrantes. En *Las multitudes argentinas*, Ramos Mejía había ya señalado la influencia de la educación estatal en el proceso de la integración de los inmigrantes.⁶⁵ Aunque el medio argentino podía contribuir a la integración de los inmigrantes, de acuerdo con el médico positivista no existían leyes de evolución social que pudieran solucionar la cuestión nacional. Sin embargo, afirmaba que la pedagogía cívica y la liturgia patriótica en las escuelas podían proveer la respuesta. Es, en este sentido, significativo que en su rol como presidente del Consejo Nacional de Educación Ramos Mejía lanzara campañas nacionales a favor de una Educación Patriótica que buscaba convertir a una amplia selección de clases, canciones y actos de homenaje a la bandera nacional en un programa pedagógico coherente que contribuyera a forjar una firme identidad nacional.⁶⁶

Sáenz Peña y Ramos Mejía compartían similares opiniones sobre la importancia de un sistema nacional de educación en la formación de la identidad nacional. También compartían un decidido antirroquismo. Como Sáenz Peña, Ramos Mejía creía que una campaña contra la influencia de Roca en la política argentina no podía ser solamente un ataque personal contra el ex presidente. Para Ramos Mejía, Roca era –como otros caudillos nacionales latinoamericanos tales como Antonio Guzmán Blanco y Mariano Melgarejo- la personificación de un sistema político. De manera opuesta a los “Hombres Representativos” descritos por Ralph Emerson, Ramos Mejía consideraba que los caudillos sudamericanos eran “personificaciones inferiores” que tenían “...la peculiaridad psicológica de no representar sino sistemas propios de nutrición, sensuales aspiraciones de bienestar sin un ideal en el fondo...”⁶⁷ El Presidente del Consejo Nacional de Educación sugería que Roca había perseguido un programa basado únicamente en logros de tipo material: “...ferrocarriles que vienen solos, puentes,

⁶⁵ José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires, L. J. Rosso, 1934, p.254.

⁶⁶ Sobre el rol de la educación pública como un medio para construir una nacionalidad con anterioridad a Ramos Mejía, véase Bertoni, *Patriotas*, pp. 41-77.

⁶⁷ José María Ramos Mejía a R. Sáenz Peña, 12/2/1909, en *AFRSP* 21.

buenas cosechas...calles bien empedradas, bajo interés del dinero...”.⁶⁸, pero que había carecido de un “programa moral” dado que Roca no había adquirido “esa asociación de perfeccionamiento, el alma y la vida del espíritu, según la frase de Hipólito Taine”. De acuerdo con Ramos Mejía, quien reafirmaba su fe en el programa de los gobiernos nacionales que habían regido los destinos del país entre 1862 y 1880, era esa carencia de un programa moral el vacío que debía ser llenado por Sáenz Peña. Este debía perseguir el “ideal civilizador” representado por Sarmiento, Avellaneda y, hasta cierto punto, Bartolomé Mitre. Ramos Mejía, por otra parte, subrayaba la virtud de un sistema político diseñado para “republicas adolescentes”- la Constitución nacional constituía el fundamento de este programa- y caracterizado por el rol central del presidente. Sáenz Peña debía buscar “...el restablecimiento del ideal civilizador de antaño,... por que así lo imponen...los sucesos y la mala educación de estas repúblicas,...pero constitucional,...hasta donde lo consiente la institución presidencial que es un providencial despotismo, consagrado por la misma ley fundamental...” Por lo tanto, Ramos Mejía se mantenía escéptico sobre la situación de las masas argentinas de manera similar a como lo había expresado en 1899: la clase política debía seguir el ejemplo de Pellegrini quien había sido un “...incrédulo de los prodigios de las turbas como elemento de gobierno”.⁶⁹ Esta concepción llevaba a Ramos Mejía a aconsejar a Sáenz Peña que evitara cualquier tentación de rendirse a “...candores y lirismos que huelen a tonteras”. Sus recomendaciones eran similares a la forma en que había detallado las virtudes políticas de Pellegrini en su ensayo de 1899: el candidato presidencial tenía que encarnar el “despotismo presidencial”, lo cual significaba ejercitar un tutelaje político sobre las masas y- dado que Ramos Mejía interpretaba a la sociedad como un organismo social- lanzar una campaña de higiene contra “...la contaminación moral de la microbiología política y administrativa...”⁷⁰ Sin embargo, aunque sus cartas a Sáenz Peña muestran la preocupación de Ramos Mejía sobre las limitaciones de la cultura política argentina y el atraso tanto de las multitudes argentinas como de su elite política, su desempeño al frente del Consejo Nacional de Educación demostraría su creencia en la educación pública como un elemento crucial en el proceso de nacionalización de las masas.

⁶⁸ Ayarragaray también señalaba la falta de correspondencia entre progreso material y logros espirituales. L. Ayarragaray, *La anarquía argentina*, p. 277.

⁶⁹ Ramos Mejía, *Las multitudes*, p. 275.

⁷⁰ José María Ramos Mejía a R. Sáenz Peña, 12/2/1909, en *AFRSP* 21.

Sáenz Peña coincidía con Ramos Mejía en este aspecto y creía que las campañas patrióticas en las escuelas eran armas decisivas contra el “cosmopolitismo” que podían eventualmente ayudar a forjar a los argentinos: "Asisto desde aquí a tu viril campaña educacionista...tengo que felicitarte por tu patriótico empeño. Necesitamos formar muchachos argentinos y no hacer un extranjero del que ha nacido en nuestro suelo."⁷¹ Se advierte, por otra parte, en esta correspondencia epistolar, cómo para Sáenz Peña la cuestión nacional involucraba tanto al rol de los inmigrantes en la sociedad argentina como a la importancia adquirida por las compañías extranjeras en la economía nacional. Si las campañas patrióticas debían contribuir al predominio de la “raza argentina” sobre la “confusión” de otras “razas”, esta tarea adquiriría incluso mayor urgencia en el contexto de una economía que, en la visión de Sáenz Peña, se encontraba cada vez más controlada por extranjeros.⁷²

Similares argumentos habían llevado a Sáenz Peña a promover la participación de miembros del “comercio” en la coalición que planeaba deshacerse del roquismo, desde el momento en que "las empresas nacionales deben ser impulsadas a una participación en el sentido del orden y en defensa de los gérmenes anárquicos que pueden perturbar al país". Más que cualquier proteccionismo económico, el candidato antirroquista propiciaba la inclusión de empresarios “nacionales” en la coalición y promovía su participación en la política nacional entendida como un puente entre la sociedad y el estado. Tal intervención, junto con la práctica del sufragio libre, contribuiría a una disminución de la influencia del roquismo y de los caudillos locales. Antes de Sáenz Peña, ya otros políticos e intelectuales habían prestado atención al divorcio existente entre las “clases conservadoras” y el estado roquista.⁷³ Sin embargo, lejos de una crítica al sufragio universal, Sáenz Peña concebía a éste como una herramienta útil para demoler al régimen roquista y disminuir la influencia electoral de los políticos profesionales. En definitiva, para Sáenz la “reacción” política no tenía solo que buscar garantizar el sufragio libre sino también “crear al sufragante” y “empujar a los ciudadanos al sufragio” de manera tal que su participación electoral contribuyera a provocar la necesaria renovación política y a introducir cambios en los elencos dirigentes de la república que evitaran el monopolio de los mecanismos de gobierno en manos de las máquinas políticas.

⁷¹ Sáenz Peña a José María Ramos Mejía, Roma, 18/2/1909, en *AFRSP* 141.

⁷² R. Sáenz Peña a José María Ramos Mejía, Roma, 18 de febrero de 1909, en *AFRSP* Legajo 141

⁷³ Halperin Donghi, "Un nuevo clima de ideas", en Ferrari y Gallo, *La Argentina del Ochenta al Centenario*, p. 21.

Antirroquismo y reformismo

La decisión de Sáenz Peña una vez en la presidencia de distanciarse de la tradición política pellegrinista -que había representado una transacción entre la modernización de las prácticas políticas y la construcción del consenso político a través de las máquinas electorales⁷⁴- provocaría una crisis interna en la Unión Nacional y el realineamiento de las facciones conservadoras que buscarían responder de esta manera al compromiso del gobierno nacional de introducir cambios en la legislación electoral. En efecto, la decisión de Sáenz Peña de mantenerse por encima de la lucha partidaria produciría escisiones dentro de la coalición antirroquista -buena parte de cuyos dirigentes esperaban ansiosos el establecimiento de un partido gubernamental-, y contribuiría a erosionar la fortaleza política del gobierno. El prestigio de Sáenz Peña (y su consecuente fortaleza) provenían en buena medida de su trayectoria antirroquista. Existían, sin embargo, una variedad de diferentes grupos con diferentes agendas que representaban esta tendencia en el universo de las facciones conservadoras. Incluso entre los *autonomistas* -herederos de la tradición política de Pellegrini y miembros de una facción política que había recurrido insistentemente a una retórica reformista-, caudillos locales como Zoilo Cantón, Juan Balestra y Cayetano Ganghi presionarían al gobierno nacional para transformar a la *Unión Nacional* en una versión modernizada del roquista Partido Nacional, aunque ya sin los roquistas en sus posiciones de liderazgo.⁷⁵ Como hemos señalado, para Sáenz Peña el desmantelamiento de la maquinaria política roquista debía ser acompañado de un programa de reforma electoral que permitiera la circulación y renovación de la elite política y un consecuente regreso a posiciones de influencia política de aquellos sectores marginados como consecuencia del ordenamiento político roquista. La redefinición de las reglas de juego - que introducía un elemento disruptivo en el propio campo saenzpeñista- perseguía una redistribución del poder en la elite, una mayor presencia de miembros de las clases propietarias en la política electoral y la erosión de la autonomía de las máquinas electorales que diera como resultado un estado capaz de responder a problemáticas consideradas centrales como la 'cuestión nacional'. De lo expuesto en este trabajo se desprende que la Unión Nacional y el saenzpeñismo constituyeron criaturas políticas cuya breve existencia

⁷⁴ F. Devoto, "De nuevo el acontecimiento, p. 103.

⁷⁵ Zoilo Cantón a J. Figueroa Alcorta, 29/1/1911, en *AGN FJFA* Legajo 33.

aparece poblada de ambigüedades. En primer lugar, la candidatura de Roque Sáenz Peña y la constitución de la Unión Nacional significaron el momento culminante de lo que Ezequiel Ramos Mexía había definido en sus memorias como el “antirroquismo como programa”⁷⁶, la oposición - ejemplificada en la adhesión de grupos tan diversos como católicos y ex juaristas- al ordenamiento político encarnado en la figura de Julio A. Roca. Por otra parte, la candidatura saenzpeñista –construida sobre la base de los apoyos de los gobiernos provinciales- que buscaba construir una relación privilegiada con el “gremio conservador” daba lugar a intentos de revancha política de sectores de la elite social y política porteños que dejaba entrever la persistencia de tradicionales rivalidades regionales. Finalmente, los núcleos centrales de la propuesta de regeneración política saenzpeñista contribuían a colocar al problema del valor de las políticas públicas en la “construcción” de los argentinos en el centro del debate político. La participación de políticos y periodistas cercanos al cenáculo del diario *La Prensa* y de intelectuales que expresaban una preocupación por el tema de la nacionalidad en la Unión Nacional así parecen sugerirlo, y esto aún cuando aquellos no coincidieran completamente con el candidato presidencial en el particular entramado que éste construía entre política exterior, cuestión nacional y reforma electoral. El tradicional antirroquismo que había servido de elemento aglutinante a una amplia alianza de facciones perdería su significación durante la presidencia de Sáenz Peña. La ofensiva que el gobierno nacional desplegaría para imponer su proyecto de reforma electoral introduciría una nueva división que adquiriría las formas de un enfrentamiento entre el Congreso y el ejecutivo nacional, pero que no llegaría a ofrecer los lineamientos de un nuevo bloque de articulación al universo de las facciones conservadoras.

⁷⁶ E. Ramos Mexía, *Mis memorias, 1853-1935*. Buenos Aires, La Facultad, 1936., pp. 171-172.